



Español

SANTA ANA PUBLIC LIBRARY



3 1994 01300 4475

# Granada

682

TURISMO  
CON CALIDAD  
EVEREST







3/07

# Granada

SP 914.682 GAR  
Garcia Guardia, Gabriel.  
Granada  
31994013004475

Editorial Everest le agradece la confianza depositada en nosotros al adquirir este libro, elaborado por un amplio y completo equipo de publicaciones formado por fotógrafos, ilustradores y autores especializados en turismo, junto a nuestro moderno departamento de cartografía. Everest le garantiza la total actualización de los datos contenidos en la presente obra hasta el momento de su publicación, y le invita a comunicarnos toda información que ayude a la mejora de nuestras guías, porque nuestro objetivo es ofrecerle siempre un

**TURISMO CON CALIDAD.**



Puede enviarnos sus comentarios a:  
Editorial Everest. Dpto. de Turismo  
Apartado 339 - 24080 León (España)  
e-mail: [turismo@everest.es](mailto:turismo@everest.es)

*Dirección Editorial:* Raquel López Varela

*Coordinación Editorial:* Eva María Fernández, Esteban González

*Texto:* Gabriel García Guardia

*Fotografías:* Miguel Raurich, Juan José Pascual, Archivo Everest

*Diagramación:* Gerardo Rodera

*Diseño de cubierta:* Alfredo Anievas

*Tratamiento digital de imagen:* David Aller

*Cartografía:* © Everest

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Reservados todos los derechos, incluido el derecho de venta, alquiler, préstamo o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar.

© EDITORIAL EVEREST, S. A.  
Carretera León-La Coruña, km 5 - LEÓN  
ISBN: 84-241-0160-X  
Depósito legal: LE. 728-2001  
Printed in Spain - Impreso en España

EDITORIAL EVERGRÁFICAS, S. L.  
Carretera León-La Coruña, km 5  
LEÓN (España)





*La Catedral emerge entre el caserío granadino.*

*... Granada  
agua oculta que llora.  
Manuel Machado*

De los cuatro elementos, Granada escogió el agua. Agua que salta, corre y reposa en las estancias de la Alhambra, oasis soñado. Agua que se expende cauta en decenas de aljibes del Albaicín. Agua blanca de Sierra Nevada, telón de fondo casi perpetuo de la ciudad. Agua asomada en las fuentes de las plazas, en los surtidores de los cármenes, en la inspiración de los poetas. Agua disolvente para alfares y encalados. Agua secular y telúrica que, en forma de ríos y torrentes, ha labrado las faldas de la montaña, ha tallado en cada colina un barrio y con los restos ha colmado una vega feraz. También los mitos utilizaron el agua para hacer llegar a la fundadora, una tal *Granata*, hija de Noé o de Hércules, nautas arquetípicos. Ya con probada veracidad, los romanos desembarcan y asientan su ciudad al pie de la nieve con el nombre de *Illiberis*. A ella llegaría, en el año 60 de nuestra era, San Cecilio, discípulo apostólico y patrón de la ciudad, que dejó las aguas del Mediterráneo para difundir las del bautismo, con tanto acierto que en el año 300 se reuniría aquí el primer concilio ibérico, bajo auspicios de otro obispo santo llamado Gregorio Bético.





*Rey nazarí pintado junto  
al Patio de los Leones.*

Luego, como un Guadiana, Granada ensaya uno de sus eclipses y pasa por la edad antigua como crisálida ibernante. Los visigodos mantienen el distrito romano de *Illiberis*, traducido como Elvira, más o menos coincidente con la actual provincia de Granada, como territorio militar y administrativo, sin alterarle ni la capital ni casi los límites.

Y un señero año de aguas oceánicas, el 1492, será punto y aparte en la historia de Granada. Antes, los árabes a la búsqueda de su oasis soñado, hicieron de Granada su paraíso terrenal, la ciudad ideal que aún hoy seduce. Después, el lento discurrir de la historia cristiana, aguas bravas en guerras de moriscos, mansa quietud durante los siglos burgueses, bullicio actual que es encuentro entre los más diversos afluentes. El tiempo de los moros es, en Granada, modelo de imprecisión cronológica y de precisión estética. A aquel *tiempo* medieval se remite todo lo bueno, lo genuino, la fértil savia andaluza que nutre el estilo de vida granadina. En realidad el tiempo de los moros son los ocho siglos de estancia de los árabes en la península ibérica. Los primeros siglos (dei VIII al X), oscuros, en

zona llana de vega, bajo la protección y dependencia de los lejanos Califas, al principio del damasceno, más tarde del omeya cordobés. La ciudad arabiza su nombre y ya es *Ilbira*, sede de los gobernadores y cantera de poetas que brillan en la corte de Abderramán I.

A la caída del califato cordobés, Al-Andalus se fragmenta. Los bereberes ziríes se establecen en esta zona y, a principios del siglo XI, se erigen como reino de Taifas. En seguida surge el rechazo, casi el desprecio, de los árabes asentados en otros reinos de Al-Andalus, pues los ziríes no eran árabes ni cultos ni dotados para el gobierno. Así es que tienen que obtener ayuda de los judíos. Se abandona la ciudad de Elvira (año 1010) y la capital del nuevo y efímero reino se sitúa más protegida por la sierra, muy cerca del río Genil, asida al barrio judío de *Garnata*. Éste es el momento (1013) en el cual surge el nombre de Granada en la historia.

*Pintura caballeresca de la Sala  
de los Reyes de la Alhambra.*





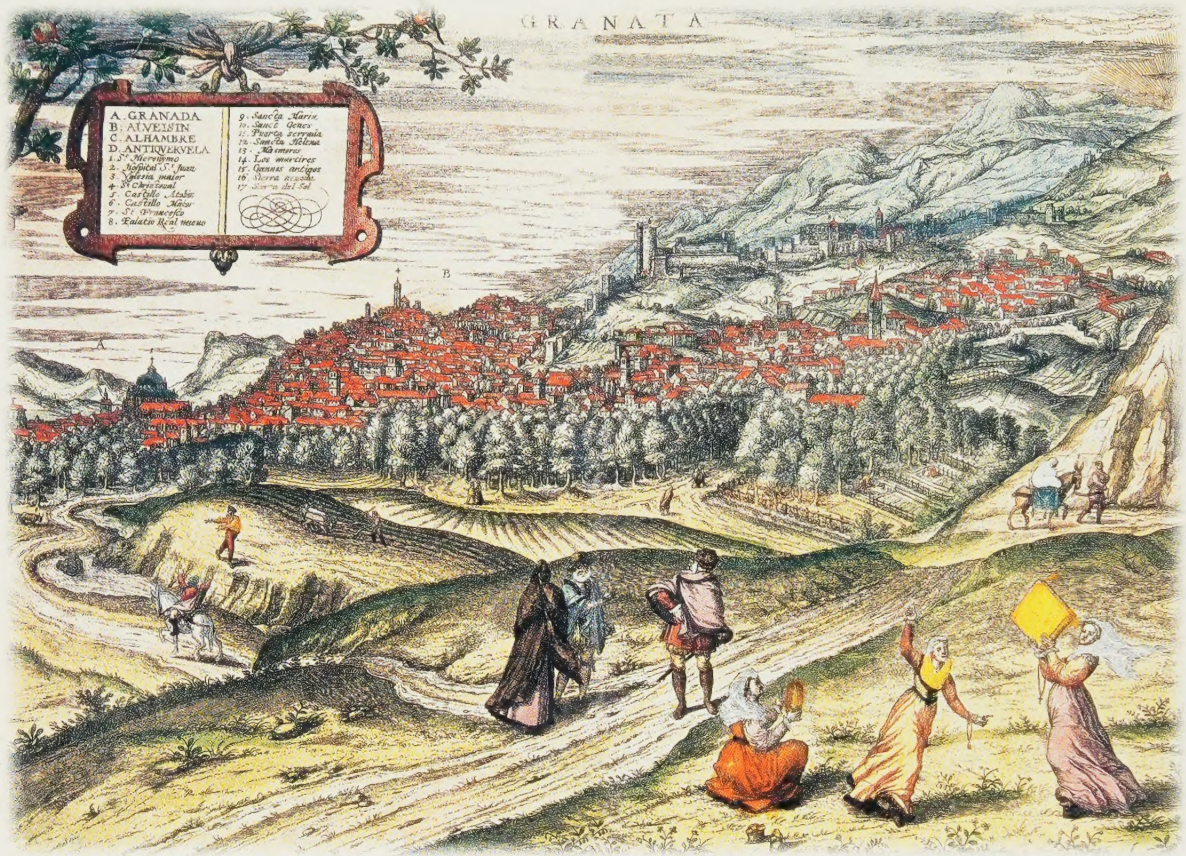
A la derecha,  
«Rendición de  
Granada», cuadro  
de Pradilla.

Abajo, Los reyes  
Fernando e Isabel  
tal como se hallan  
representados  
en la Capilla Real.



Al igual que los demás reinos de Taifas, el de Granada tiene corta vida y cae en manos de los invasores almorávides, que llegan desde el norte de África y unifican Al-Andalus. Sus gobernadores respetan la ubicación de la capital y, asentados en ella, administran desde el año 1090 hasta el 1154 en que pasa a manos de los almohades, también llegados desde el norte de África. Tanto las seis décadas almorávides como las ocho almohades (1154-1232) son de esplendor y cultura. Poetas, místicos y alarifes se codean con mecenas instruidos para cimentar una pujante corte.





*Vista de Granada en 1565.*

El reino almohade, debilitado por las luchas internas y por el avance de la reconquista, que en el 1212 se interna hasta la provincia de Jaén, sufre una fragmentación en la que diversos nobles se adueñan de las antiguas circunscripciones. En este ambiente, el jefe árabe de la región de Jaén, Muhammad Ibn Yusuf, perteneciente a la familia de los Banu Ahmar (Alhmar) crea el reino Nazarí de Granada en 1238, con capital en la antigua ciudad zirí. Desde este momento Granada crece como asilo de los que llegan desde tierras reconquistadas y corte de un reino, mermado en territorios y creciente en cultura y refinamiento. Su estabilidad dependerá del comercio, las treguas y los enfrentamientos necesarios con los reinos cristianos del norte. Hasta que este último reducto musulmán de Al-Andalus negocia la rendición de su Alhambra a los Reyes Católicos el día 2 de enero de 1492.

Y de pronto dos ríos se encuentran. Las lágrimas de Boabdil, con toda su historia a las espaldas y la modernidad atlántica de Isabel y Fernando con toda la sudorosa Reconquista como pretexto. Todo estaba previsto para que la confluencia fluvial fuese suave e incruenta. Capitulaciones generosas que permitían vivir en esta ubérrima *Mesopotamia*, entre el Genil y el Darro, entre dos religiones, en el fondo no tan distintas. El emperador Carlos sitúa su palacio entre los alcázares alhambrinos y el mestizaje parece agua que lavará antiguas afrentas.

Sin embargo el seco Escorial nada entendió de estos juegos de agua en Granada y Felipe II envió a don Juan de Austria en 1571 para reprimir a sangre los motines del Albaicín y la sublevación de la Alpujarra. La expulsión de los moriscos dejó las casas de Granada abiertas a los colonos del norte y sus zocos se sustituyeron por talleres de imagineros excelsos donde la contrarreforma se alienta con el barroco. Y en el siglo XVIII otro Guadiana más, otra ivernación para despertar en el XIX, con ánimo expansionista: acoge espacios desamortizados y en ellos abre plazas, calles y jardines, deja correr leves brisas de romanticismo e ilustración y se aísla de la agitada política novecentista. La revolución





Arriba izquierda: paseos en el encauzamiento del Río Genil.

Arriba derecha: la plaza de Bib-Rambla, uno de los centros de la vida ciudadana.

Abajo derecha: el ambiente de una de las típicas tabernas granadinas.



industrial hizo tímido viaje a una Granada donde el agua está más salpicada en acequias que briosa en un caudal motor. Sólo el azúcar levantó en la vega un ajedrez de torres y en la ciudad despejó una Gran Vía modernista.

En el siglo xx los parques cursos fluviales, que bajan apacibles desde las serranías, no pueden contener esos otros ríos demográficos que agitan la Granada universitaria, administrativa y comercial. La ciudad busca su límite en ríos más lejanos (Beiro, Monachil) y, como una crisálida, abre dos grandes alas de mariposa: al norte (barrios de Cartuja, Chana, Almanjáyar...) y al sur (Zaidín, Vergeles...). La vega de poniente recibe la ofensa de un urbanismo zafio y especulativo que traza calles apiñadas de bloques (Pedro Antonio de Alarcón, Camino de Ronda, Arabial...) condenadas de antemano al adocenamiento y al desaire estético, tal vez por sajar de forma tan flagrante y perpendicular todos los ríos de Granada. El siglo xxi conviven varias Granadas: La que exhibe orgullosa su historia y su patrimonio, la bulliciosa y juvenil de los fines de semana, la funcionaria y mercantil, la típica ciudad andaluza cualificada en cada uno de sus barrios, la universitaria, la acogedora a visitantes y congresistas. Granadas diversas que seducen lozanas desde cada rama y que adquieren color y sazón del viejo tronco urbano, nacido y narrado por su eterna querencia al agua.













*Fuente en el Sacromonte.*

*Doble página anterior: nocturno de la Alhambra con la ciudad al fondo.*

*Los dos ríos de Granada,  
van de la nieve al trigo.  
Federico García Lorca*

No son sólo dos. El Darro y el Genil se dejan cortejar por un abanico de barrancos, con el Beiro aparte, que van haciendo de Granada la «Roma andaluza», la ciudad de las colinas. Y en cada colina un barrio con identidad propia.

El Darro, el antiguo *Dauro*, dador de oro, separa dos ciudades que compiten en antigüedad. Al norte el Sacromonte, el Albaicín, la ciudad cristiana; al sur la Alhambra y los barrios que quedan cercados por los dos ríos. En la margen derecha del Darro las colinas van descendiendo desde El Fargue hasta la calle de Elvira. Las más altas son el cerro de San Miguel, coronado con la ermita del santo y el cerro del Sol o Valparaíso, a cuyos pies se esparce el Sacromonte.





*Dos aspectos del Sacromonte.*







*El Peso de la Harina,  
inicio del camino del Sacromonte  
desde la cuesta del Chapiz.*





Arriba, iglesia de El Salvador.  
Abajo, patio de la antigua mezquita.





Plaza e iglesia de San Miguel Bajo.

Vista del Albaicín.



Cuentan que en este *Gólgota*, sufrió martirio aquel discípulo apostólico, llamado Cecilio. Sus restos tardarían en ser descubiertos hasta el siglo XVII, entre unas catacumbas que horadan este *monte sagrado*. El arzobispo Pedro de Castro se aprestó a utilizar el descubrimiento con fines ecuménicos: alguien introdujo entre las reliquias unos *Libros plúmbeos*, encargados y sellados, nada menos que por Salomón, el judío más admirado por los árabes, e inmediatamente se erigió sobre las catacumbas una grandiosa abadía que pregonaba en cada esquina el dogma más antiprotestante: la Inmaculada Concepción de María. No cabe mayor síntesis.

Igual fuerza telúrica que aquellas catacumbas poseen las cuevas, que se desparan cerro abajo. Todo el Sacromonte vibra y enciende hogueras la noche del Miércoles Santo al paso del *Cristo de los Gitanos*. Todo el Sacromonte es misterio y embrujo cada día y cada noche: cuando el sol destella en la cal blanca, las pitas verdes, el cobre reluciente o la fajalauza azul; cuando la luna asiste asidua a las zambras bulliciosas o al rasguear solitario de alguna guitarra.









*Cristo de piedra en la plaza de San Miguel Bajo.*

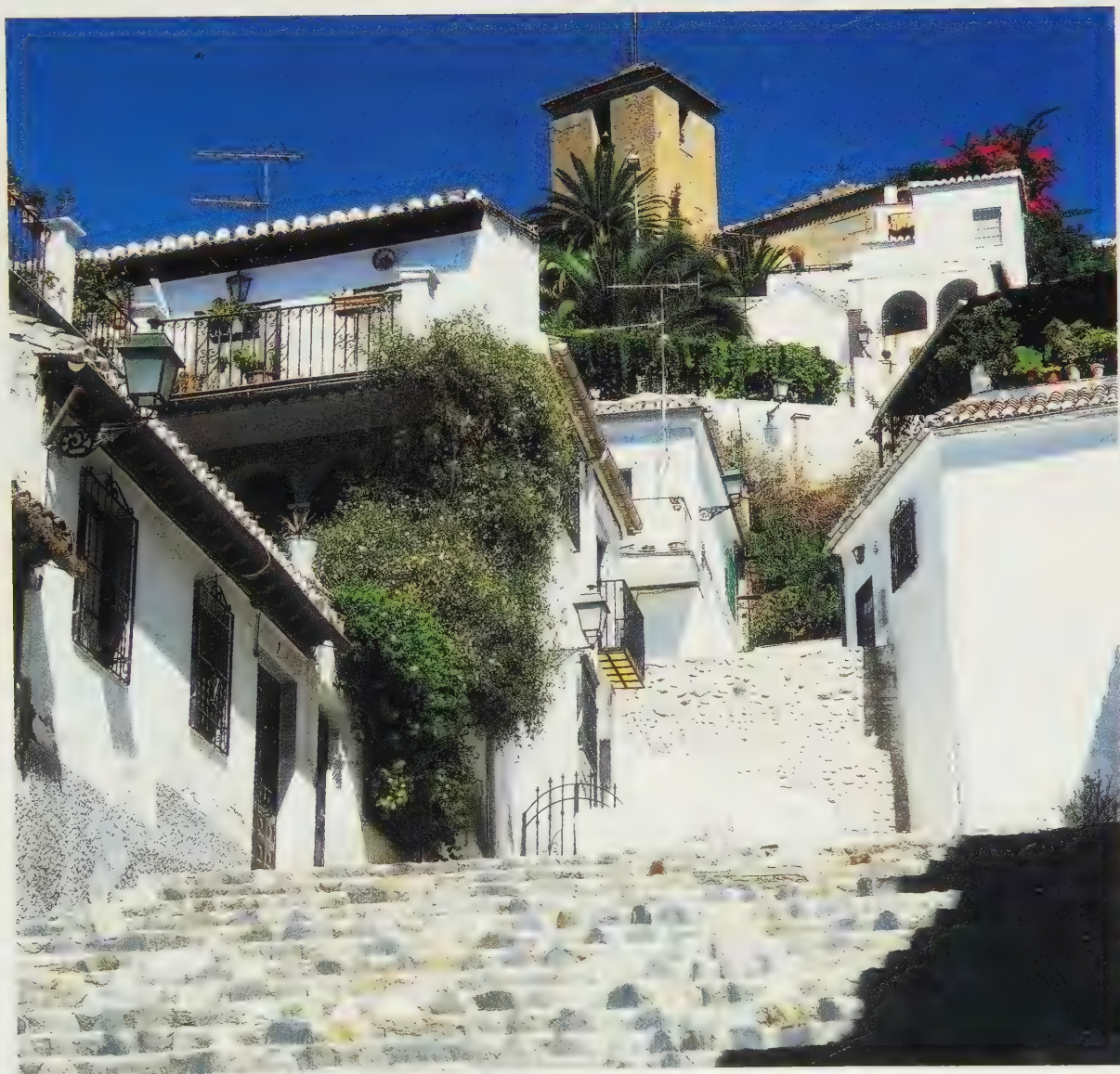
Otro barranco, ansioso por llegar al Darro, convertido en cuesta del Chapiz, separa al Sacromonte del Albaicín.

Este singular barrio, declarado recientemente *Patrimonio de la Humanidad*, se asienta sobre colinas sajas por surcos torrenciales, hoy convertidos en cuestas por las que se sube a su encuentro. La falda del cerro San Miguel forma el Albaicín alto, el que se avecina con Haza Grande y casi con la Cartuja. Unas murallas antiguas, con la puerta de Fajalauza intacta, deciden los confines de cada barrio. Es el Albaicín de la Cruz de Rauda y del carmen de las Tres Estrellas, de la bulliciosa calle Pagés y de la casa de los Mascarones: el Paraíso Cerrado de Soto de Rojas, el Albaicín que forma proa en San Cristóbal y mástil en la torre mudéjar de San Bartolomé.

La cuesta de la Alhacaba y la del Chapiz son barrancos que vienen a encontrar su nacimiento entre las plazas Larga (calle del Agua) y Aliatar. Allí la colegiata del Salvador guarda aún el patio de las abluciones de la que fue Mezquita Mayor del barrio.



*Dos aspectos  
del Albaicín.*







*Carmen y patio interior: muestras del especial encanto del Albaicín.*









Arriba, calle Calderería y Puerta de Elvira.  
En la página de al lado, contemplando la Alhambra desde el Mirador de San Nicolás.

Por el arco de las Pesas se penetra en lo más alto de esta colina, la que fue alcazaba Cadima y cuyas murallas bajan también por la cuesta Alhacaba hasta Puerta Monaita, como esperando la noche del Jueves Santo para ver subir la *Virgen de la Aurora*. Es el Albaicín del impresionante monasterio isabelino de Santa Isabel la Real, de San Miguel Bajo con su encantadora placeta, del palacio de Dar-al-Horra, habitado por la madre de Boabdil, del seductor mirador de San Nicolás.

Pero el Albaicín es esto y mucho más: aljibes como testafierros del agua sepultada, laberinto de calles, cotidiano vivir, olor a jazmín y color de geranio, grata charla con las tapas como pretexto y la vista perdida en los múltiples horizontes. Su mejor resumen pueden ser los *Cármenes*. Se trata de formas domésticas típicamente granadinas, generalmente alejadas del palacete y de la mansión aristocrática, que conjugan la casa de varios pisos y volúmenes con un jardín envolvente. Su frecuente planta escalonada delata que muchos surgieron tras la despoblación del apiñado barrio musulmán, por fusión de solares vecinos. Parecen introducir dentro de la ciudad aquellas alquerías y almunias, más propias de la vega, en las que convivían la huerta, el jardín y la vivienda. Son dignos de visitarse el Carmen de las Tres Estrellas, que fue cenáculo intelectual del diecinueve, el Carmen de la Victoria, convertido en dependencia universitaria, el de Casa Yanguas...

El descenso hacia el Darro encuentra el Alminar de San José, el más antiguo de Granada, y torciendo hacia San Gregorio, la cuesta Calderería, donde reverdecen, en forma de «T», atuendos y oración, aromas, colores y credos de todas las riberas del Mediterráneo. El otro descenso, por la banda de poniente, conduce hasta el mirador de la Lona y Puerta de Elvira, por la que se sale a la ciudad moderna.

La calle Elvira, zoco de antigüedades, pone coto a esa Granada moderna que también guarda, muy difuminada, su formación en colinas. Calles que bajan como Fuente Nueva, Gran Capitán-Emperatriz Eugenia, Tablas-Hurtado y Recogidas son torrentes ocultos, paralelos al Genil que van separando barrios a su paso.







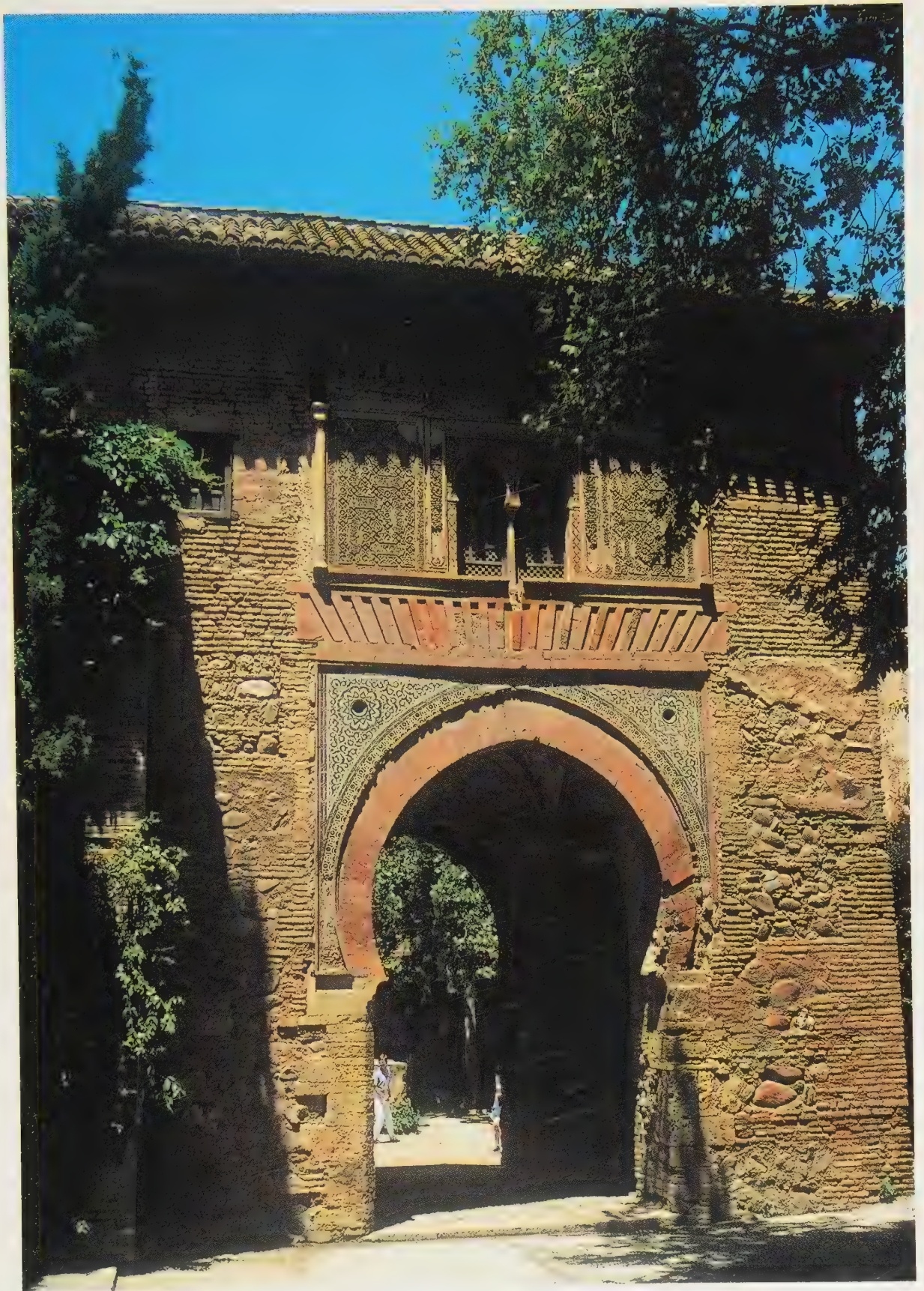


*Arriba, el flamenco es una constante en los barrios granadinos con solera. Abajo, artesano en su taller y Casa de los Tiros. En la página de al lado, la Puerta del Vino de la Alhambra.*

*¿Qué castillos son aquéllos?  
¡altos son! y relucían!...  
-Si tú quisieses, Granada,  
contigo me casaría.  
Romance de Abenámár*

El Darro lleva en su margen izquierda otro reguero de colinas. Tras el Parque de Invierno, auténtico pulmón de la ciudad, La Silla del Moro, con un castillo ruinoso de escaso valor, y la colina más señera de Granada: la Sabica. En ella se yerguen el Generalife y la Alhambra en colinas separadas por la Cuesta de los Chinos. Luego la última colina hacia el sur acoge en su falda la Antequeruela, el Realejo y, ya cerca de la desembocadura del Darro en el Genil, el barrio de la Virgen.







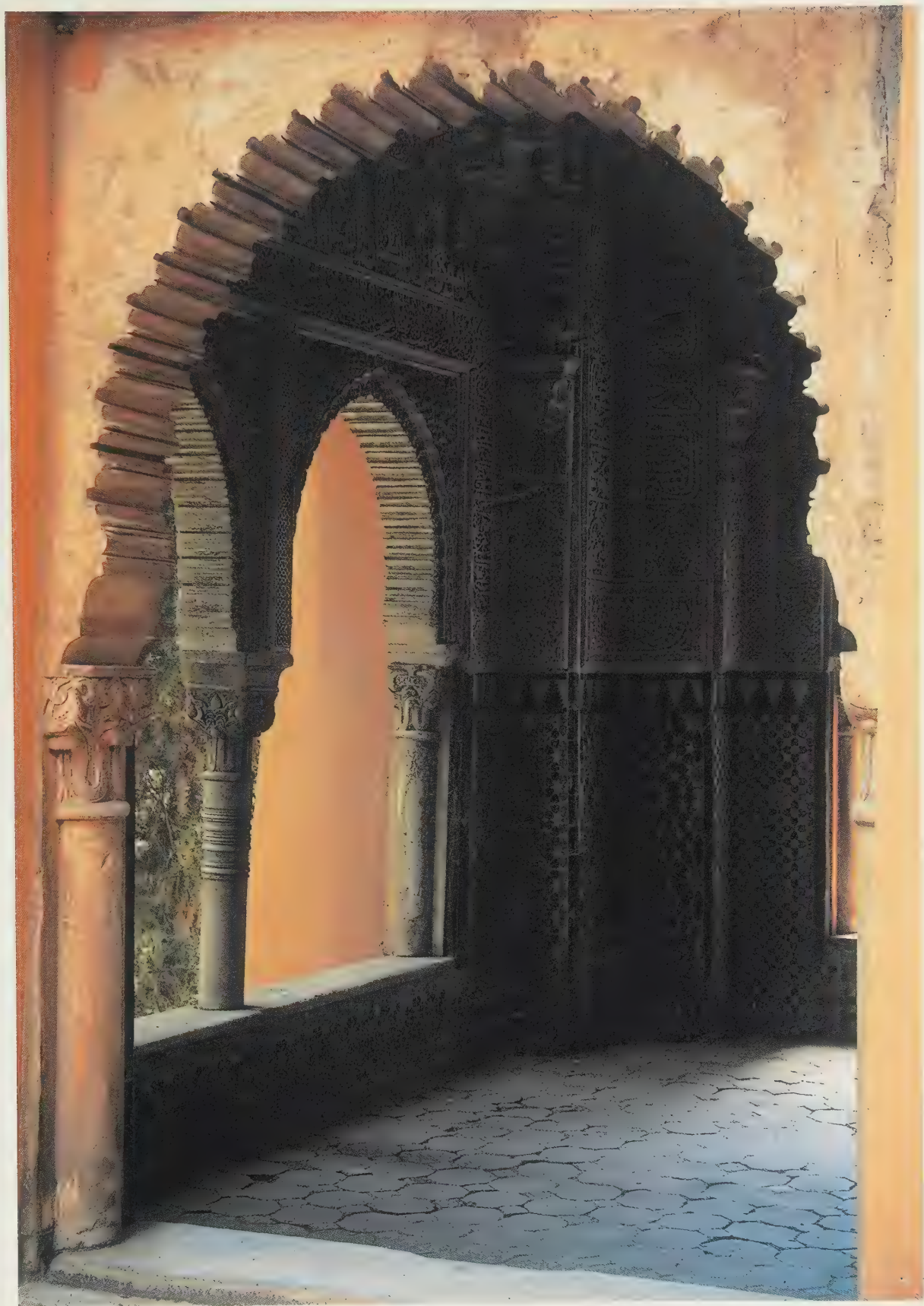


*Arriba, la alcazaba desde la Torre de la Vela. Página de al lado, aspecto del interior de la Alhambra.*

La colina de la Sabica es la acrópolis de Granada, un templo al placer y a la perfección. Tras los orígenes castrenses que dejaron las toscas torres Bermejas y restos de alcazabas hasta el siglo IX, la colina emprende su destino estético. Entre los siglos XIII y XVI la monarquía nazarí y el emperador Carlos V definen allí sus criterios de belleza. La fiera bélica de torres y murallas es una apariencia. Granada nunca fue asediada. Es el contraste y no la utilidad lo que seduce de sus almenas, atalayas y fosos. Una fachada adusta y marcial frente a un interior de idilio y paz; un palacio anguloso hacia afuera y el sosiego de las curvas dentro. El Corán como guía de los anónimos alarifes alhambrinos y el neoplatonismo renacentista como catecismo de Pedro Machuca, arquitecto del palacio imperial. En esta acrópolis de la Alhambra, el clasicismo trasciende siglos y religiones. Tan apolíneo es el simbolismo grecorromano del Palacio del Emperador como el *Patio de los Leones*, trazado según la sección áurea; tan dionisiaca la explícita decoración de bajorrelieves en mármol de Sierra Elvira como la intención de yeserías y mocárabes. Aunque en ambos casos el *templo* se vuelve hacia adentro y la columnata exterior del Partenón se torna casi claustro medieval.

Granada sigue contemplando La Alhambra como caja de secretos sucesivos, en cuyo interior último se guarda la perfección, la felicidad, el paraíso. El mito de las moradas cada vez más interiores ha permanecido a lo largo de los siglos. Los habitantes de aquel reino llegaban hasta la Puerta de la Justicia, edificada por Yusuf I, para sus tareas burocráticas. Algunos alcanzaban la maravillosa Puerta del Vino con fines fiscales. Sólo unos pocos accedían al Mexuar, en el que se intuía la presencia divina. Los escogidos embajadores podían entrar hasta el Patio de los Arrayanes y llegar a la presencia real en el interior de la Torre de Comares. Más allá, un laberinto de palacios y salas cuyo disfrute está reservado sólo a los elegidos, a los que entablan el diálogo divino, comprenden sus mensajes escritos en los astros o en laberintos geométricos de yeso, azulejo o seto y le responden con inscripciones laudatorias por todos los zócalos y los capiteles del palacio.









*Patio de los Arrayanes y Torre de Comares,  
con detalles de su interior.*









*Baños árabes de la Alhambra.*

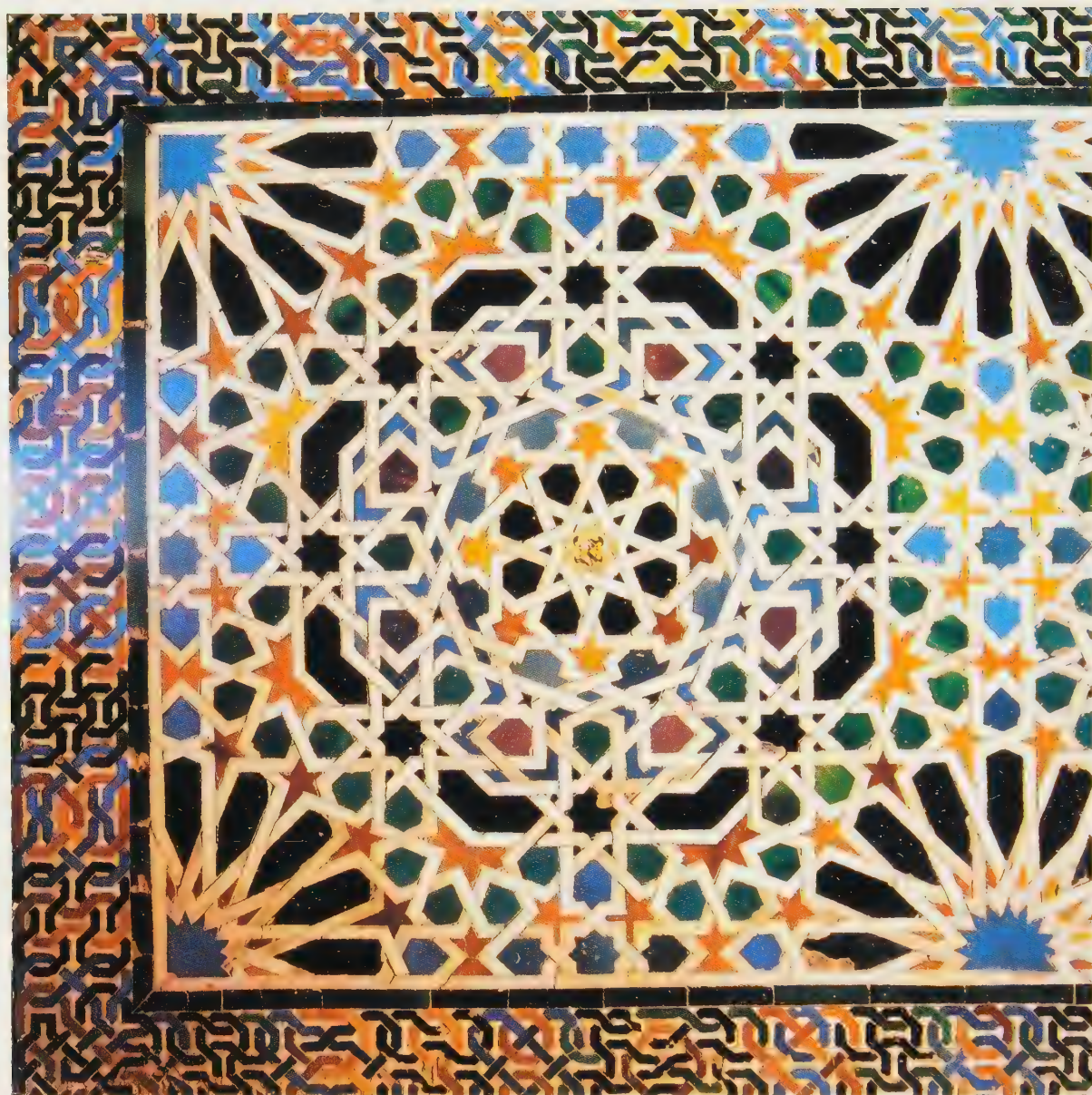


*Salón del Mexuar.*







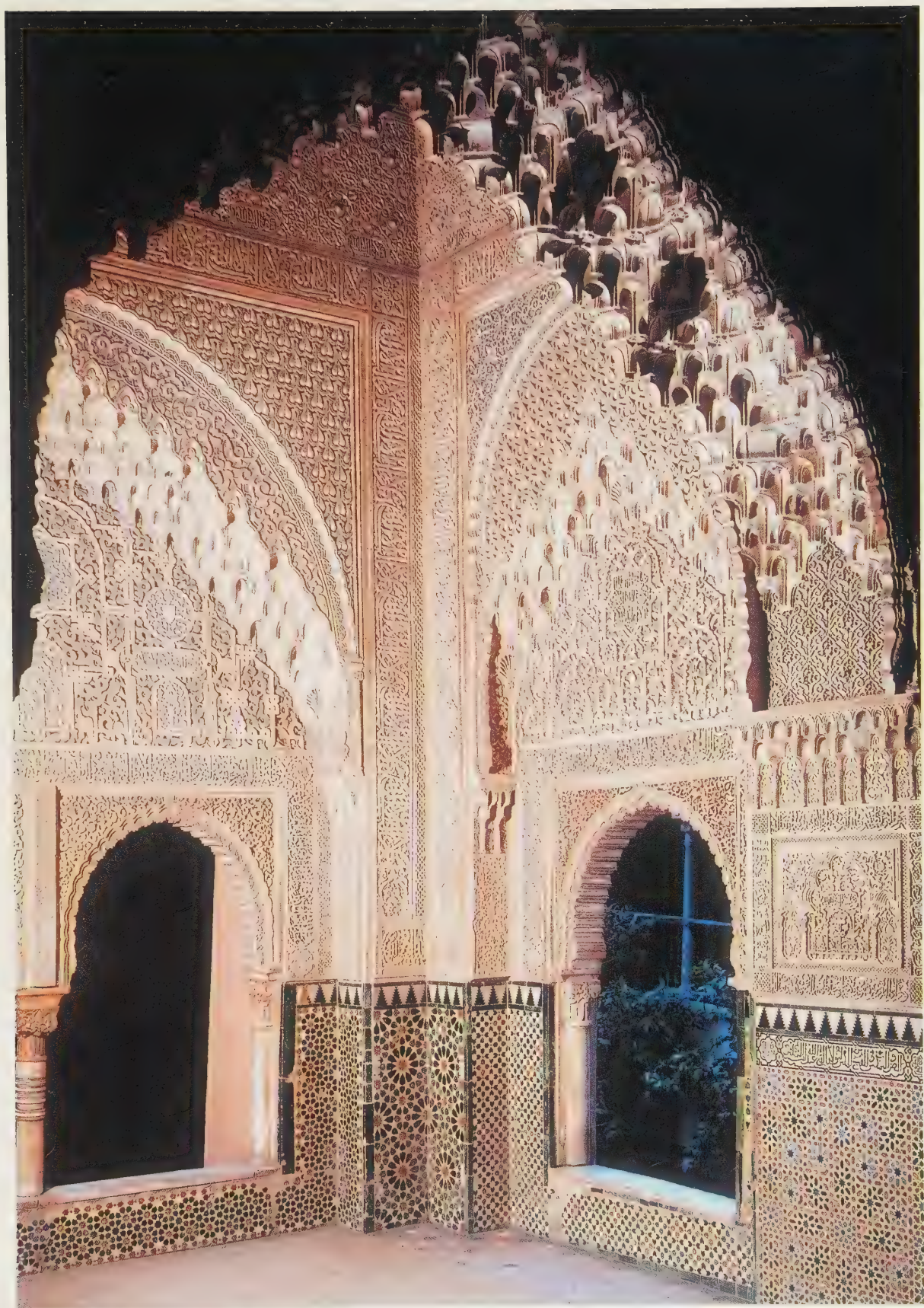


*Arriba, decoración del Mexuar.  
En la página de al lado, Mirador de Lindaraja.*

La Alhambra, como las grandes obras de la humanidad, es síntesis inseparable de mensajero y mensaje. La palabra escrita, es lo más importante, después del Profeta, para la religión islámica y muchas paredes de la Alhambra se diseñan como renglones dignos para hablar de Dios. Su más frecuente autor, el poeta Ibn Zamrak, subraya con igual fuerza la grandeza del alcázar-libro y la buena intención de su regio habitante.

Pero además la Alhambra es juego. No sólo de frases y versos con ocultos sentidos, no sólo de formas edificadas y geometrías esculpidas sino juego efímero de olores y sonidos, de luces y reflejos... En todos ellos el agua vuelve otra vez a ser protagonista. Ella nutre la flor, discurre por el adarve, da sentido a los baños, suena siempre igual y siempre diferente en la fuente y se serena en cada estanque, ingenioso espejo ante el que dudar cual será la Alhambra más bella, la real o la reflejada; y, con osadía ondulante, nos pregunta: ¿cuál es la real?









Arriba, inscripción en el interior de la Alhambra.  
Abajo y en la página de al lado, el Patio de los Leones.















*Arriba, patio del Palacio de Carlos V. Abajo, Pilar de Carlos V.  
Página de al lado, el Partal.*







*Exterior del Palacio de Carlos V.*



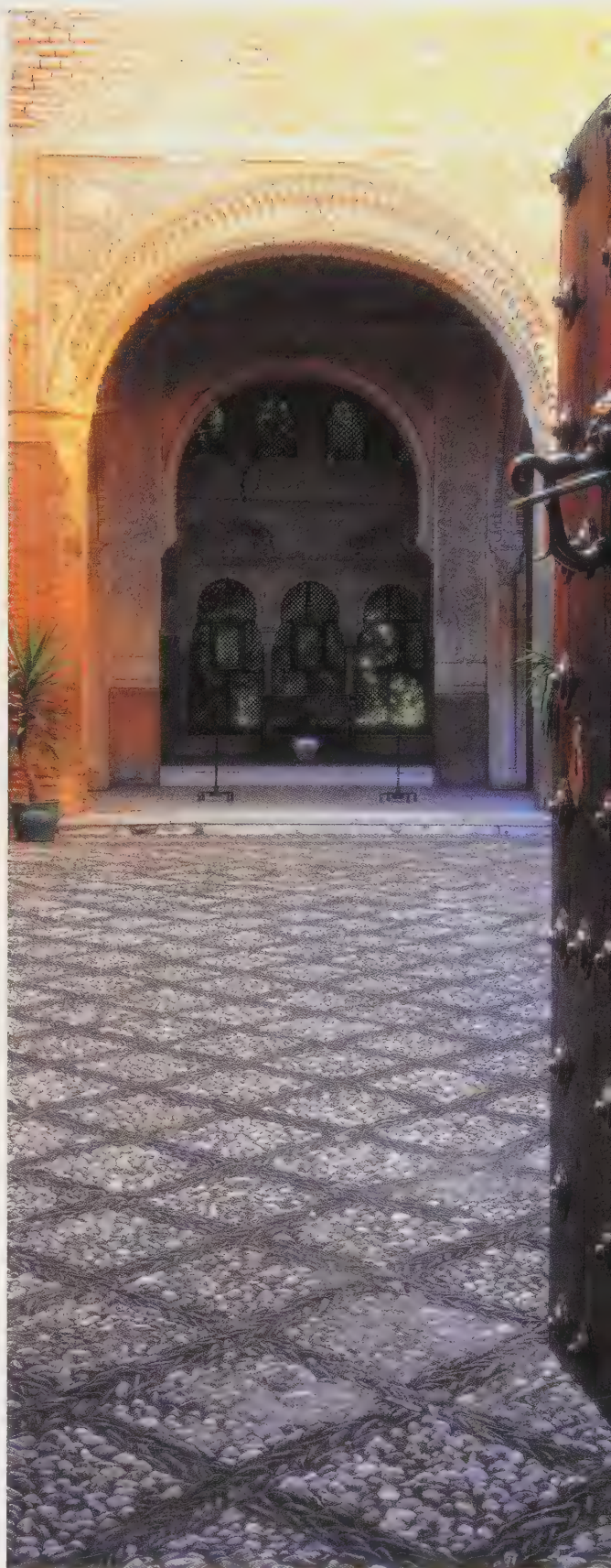


*Iglesia de Santa María,  
en el recinto de la Alhambra.*

Y, más arriba, casi oculto entre el bosque, el corazón del paraíso, el reino donde el agua nace y juega su inocencia, el jardín que más se semeja a la promesa: el Generalife. Porque para muchas religiones nacidas junto al desierto, Dios reside en el jardín y acceder a él es la culminación. Allí están el gótico verde de los cipreses que casi tactan el cielo, la tranquila bóveda de las adelfas, el ruidoso estanque del patio alto, los sosegados miradores sobre el Albaicín y sobre la Alhambra. Y el agua como cicerone, invitándonos a elegir la morada del paraíso que mejor deseemos.

*El convento de San Francisco,  
también en el recinto de la Alhambra.*

*En las páginas siguientes, diferentes  
aspectos de los Jardines del Generalife.*



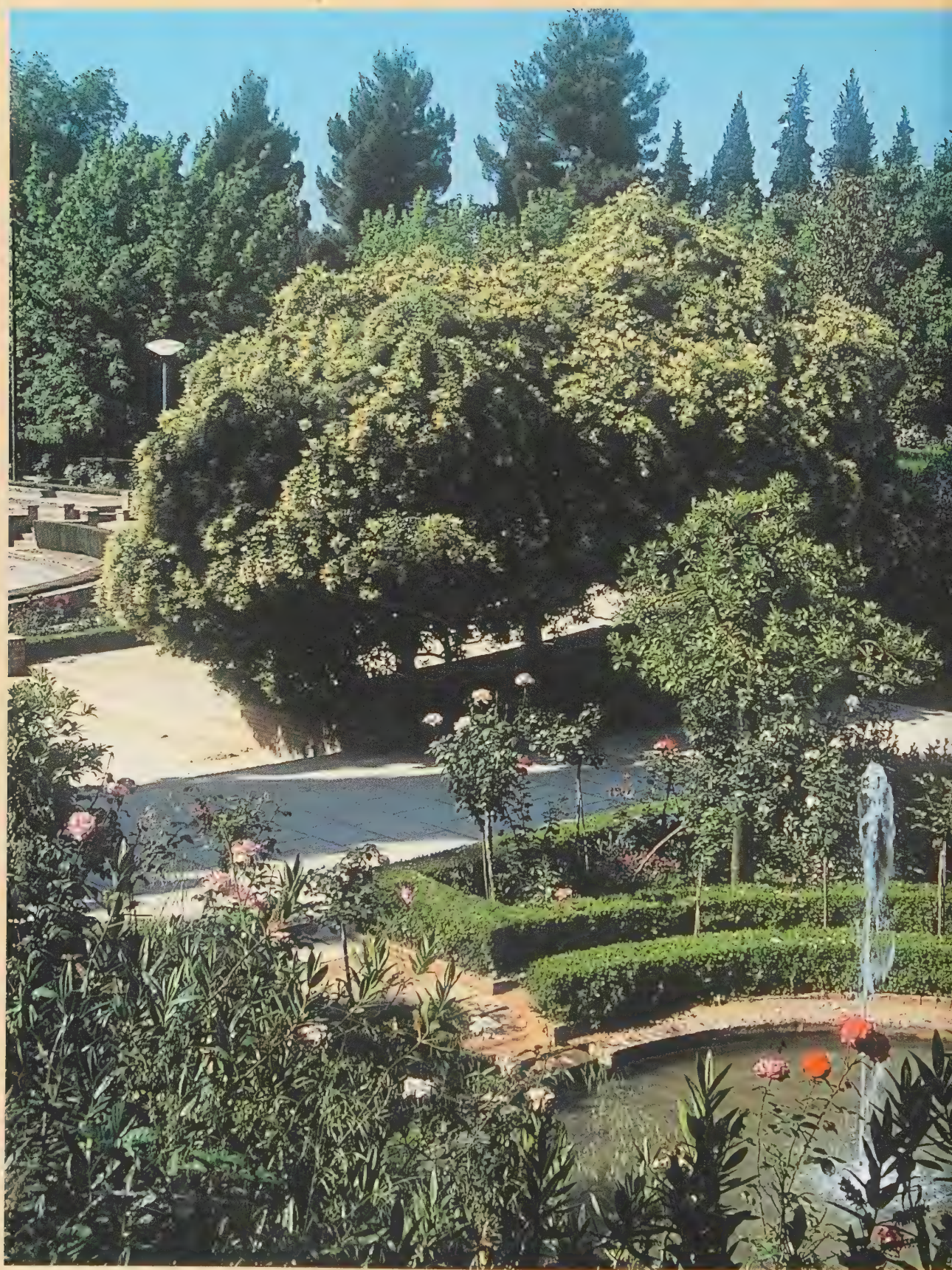
























*Arriba, el Paseo de los Tristes.  
Al lado, Patio de la Acequia y Pabellón Norte de los Jardines del Generalife.*

Un torrente, afluente del Darro bordea la Alhambra por el sur y llega al río bajo la Cuesta de Gomérez. Antes cruza bajo el Arco de la Granadas, edificado para gloria del emperador. Este barranco separa la regia colina *bermeja* de la llamada Alhabul y el Mauror. En lo alto de esa colina un convento carmelita, regido algunos años por San Juan de la Cruz, fue convertido en Carmen de los Mártires, jardín que rememora las antiguas mazmorras para presos cristianos que la tradición ubica allí. La jardinería francesa e inglesa se tiñen de orientalismo en este bello lugar, tanto por sus rincones románticos como por sus vistas sobre la ciudad.

Algo más abajo el Auditorio Manuel de Falla, construido por García de Paredes, es una de las mejores salas de conciertos de Europa respecto a su sonoridad. Y, a unos pasos de su entrada, la Casa-Museo de Manuel de Falla, carmen entrañable y humilde entre cuyas yedras y surtidores vivió y compuso el más afamado músico español del siglo XX. Algo más hacia poniente dos edificios llaman la atención del viajero: el rojo hotel Alhambra-Palace, que se decora con la romántica evocación oriental, y los blancos volúmenes del carmen Rodríguez Acosta, modelo de arquitectura ecléctica, creado por el pintor granadino del que es epónimo y que guarda una interesante colección de obras de arte.

Bajando la colina se atraviesa la Antequeruela, que debe su nombre a haber sido repoblada con gentes de Antequera, y se llega hasta el Realejo, que coincide en parte con la judería Garnata-al-Ayud, que ya vimos que dio nombre a la ciudad. En lo más alto la iglesia de San Cecilio guarda cierto aire gótico de 1500. Más abajo el Campo del Príncipe es lugar de encuentro devoto cada Viernes Santo, ante el *Señor de los Favores*, y cotidiana cita de los granadinos en una de sus plazas más agradables, sobre todo en las veladas veraniegas, y siempre famosa por sus tapas. Un escalón más abajo el monasterio de Santiago; otro, la barroca iglesia de Santo Domingo con suntuosa cúpula y elegante estatua a Fray Luis de Granada; otro escalón más, el Cuarto Real de Santo Domingo, antiguo palacete árabe, y ya casi en el llano el barrio de la Virgen que va hasta la Carrera, obligado paseo dominical de los granadinos.





*Arriba, iglesia de San Pedro.  
Al lado, el Cristo de los Favores en el Campo del Príncipe.*

El Darro abrumado por el cortejo de La Alhambra y el Albaicín, esconde su humildad muy abajo. Refresca con su brisa el Paseo de los Tristes, uno de los mejores lugares de copas para las noches de verano y las mañanas de primavera. Recuerda su prosapia en algunas casas árabes que aún se conservan a su vera (Chapiz, Horno de Oro, de Zafra, Bañuelo). Pasa junto a un puñado de conventos: San Bernardo, la Concepción, Santa Inés, Santa Catalina de Zafra. Deja a un lado la Iglesia de San Pedro y al otro la de San Juan de los Reyes, ambas antiguas mezquitas. Casi refleja la interesante fachada de la Casa de Castril, que guarda el Museo Arqueológico.

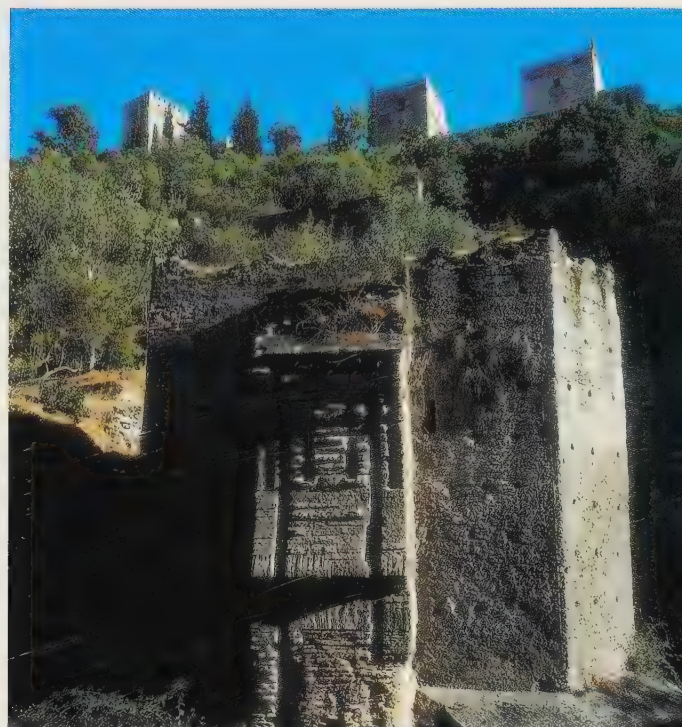












*Arriba, la Carrera del Darro y los restos del puente árabe del Cadí.  
Abajo, fachada del Museo Arqueológico y Plaza de Santa Ana.  
Al lado, iglesia de Santo Domingo y estatua de Fray Luis de Granada.*



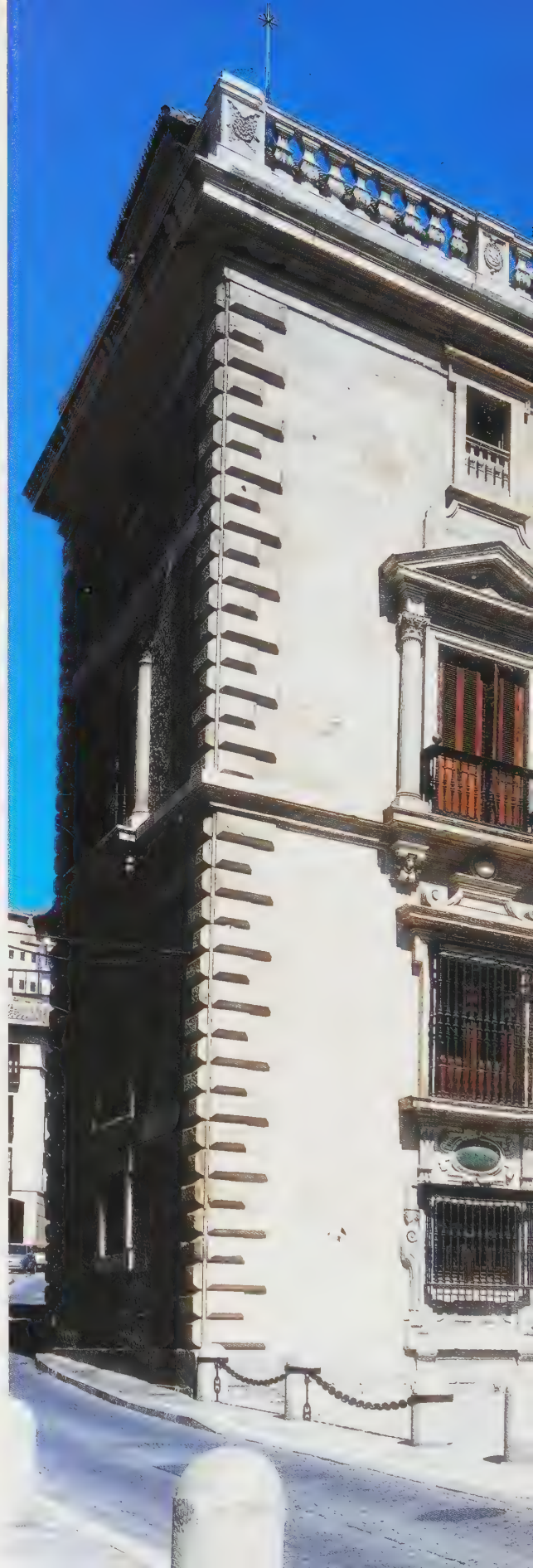


*Iglesia de Santa Ana.*

*Doble página siguiente: estatua de la reina Isabel  
en la calle Reyes Católicos.*

*Real Chancillería.*

Añade murmullo a la Carrera de Darro, una de las calles más singulares de España y entra en Granada. A finales del siglo XIX se ocultó su paso mediante un embovedado, sobre el que discurren las calles y plazas más concurridas de Granada. La primera es Plaza Nueva, lugar de mágico atractivo, un permanente bullicio, un hervidero de juventud y creatividad, un lugar de paso y de pasar el rato. Dan ámbito a Plaza Nueva el espolón de la Alhambra, con la Torre de la Vela, la elegante iglesia mudéjar de Santa Ana y el imponente palacio de la Chancillería, desde donde se impartía justicia a todos los reinos del Sur. Luego las callejas que confluyen, los comercios, los bares, la fuente, la gente... Más abajo, cubre al Darro la calle Reyes Católicos, que en su centro se ensancha para acoger la magnífica estatua en la que Mariano Benlliure representó a la reina Isabel recibiendo las explicaciones de Colón. La reina sedente ojea hacia la Gran Vía, una calle que aún conserva interesantes fachadas modernistas.











Diccionario Fernand

Isabel

proposiciones

del Real







*Corral del Carbón.*

A pocos metros, el puente de la Alcaicería unía el mercado de la seda, hoy convertido en gran zoco de artesanía, con el Corral del Carbón, el único fondac del siglo xiv que queda en Europa, algo semejante a los de Fez o Marrakech. Junto a la Alcaicería se eleva la Madraza, escuela coránica de Yusuf I. Delante de su mihrab árabe, una sorprendente sala mudéjar y por fuera una policromada fachada barroca.

Ocultas llegan las aguas hasta Puerta Real, el corazón de la ciudad. Antes pasan junto a la plaza del Carmen, donde el Ayuntamiento ocupa el solar de un convento carmelitano. Y, ya camino de la desembocadura en el Genil, la concurrida Acera del Casino da paso al Campillo, comentado por su peculiar bullicio en *El Quijote*.

*Alcaicería.*





*Casa de Federico García Lorca.*

*¡Qué lejos por mares, campos y montañas!*

...

*nunca fui a Granada.*

Rafael Alberti

El Genil viene desde el corazón de Sierra Nevada. A modo de saludo, al entrar en la ciudad, estrecha con su margen derecha los paseos de la Bomba y del Salón. No lejos de ellos, en un molino restaurado, nació Ángel Ganivet, el redactor de la conciencia granadina. Desde el Puente Verde, que hicieron los franceses con los sillares de San Jerónimo, las aguas discurren por un cauce de hormigón y hierro trazado para los mundiales de Esquí del 95-96. Casi donde recibe las aguas del Darro saluda a la Basílica de la Virgen de las Angustias, patrona de Granada, que cada último domingo de septiembre sale de este templo barroco, trazado en ladrillo y mármol, y es paseada en procesión entre salaíllas, membrillos, acerolas, castañas y otros frutos otoñales.

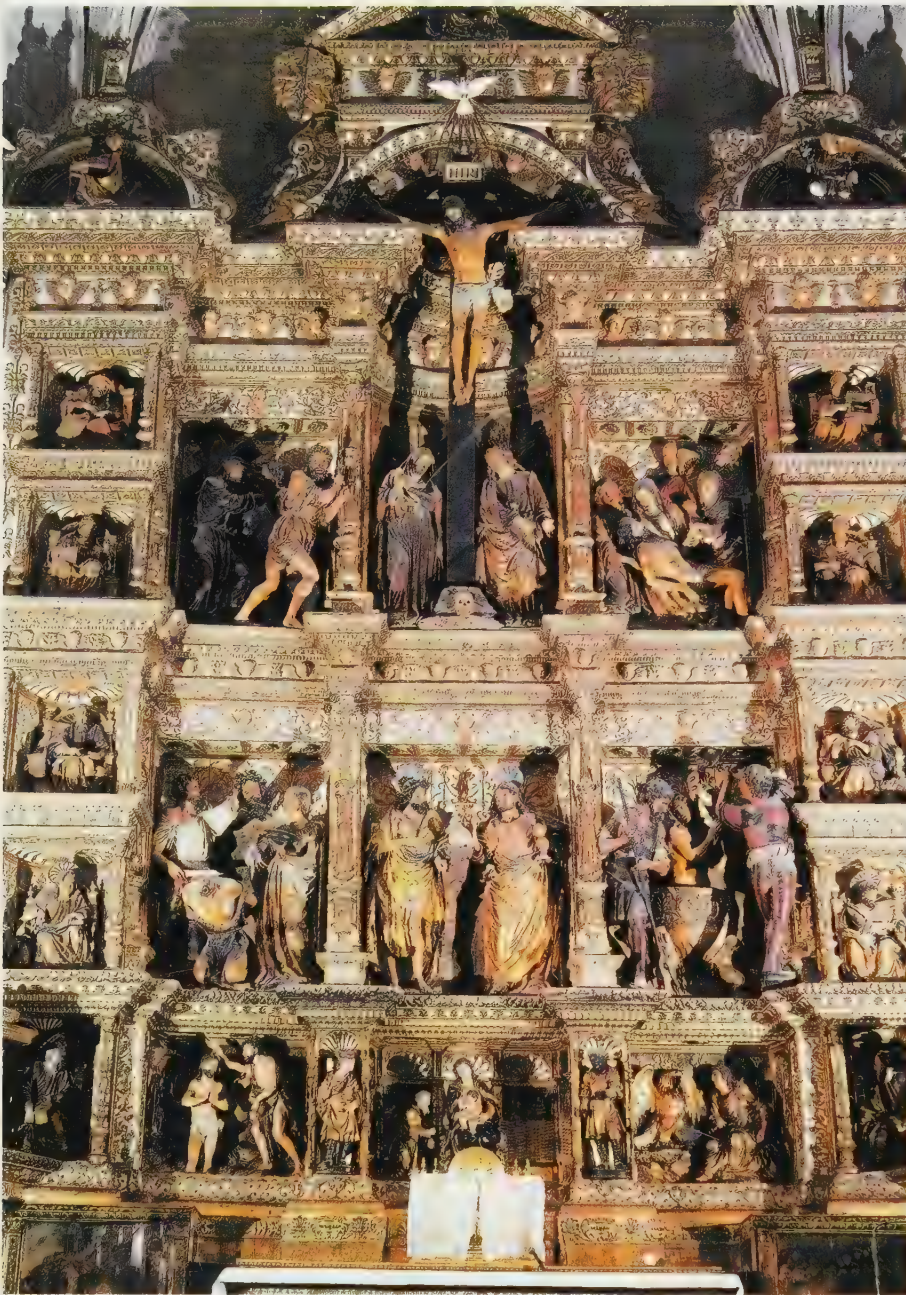
Luego la ribera derecha del Genil esquivo barrios más humildes y anodinos hasta alcanzar la vega, camino de las alamedas. Mucho campo andaluz antes del Atlántico, aquel océano obsesivo para Colón e Isabel. Pero antes un recuerdo a Federico

García Lorca, escrutador lúcido de la pasión entre Granada y el agua. Él habitó siempre cerca de este río, aunque la infamia lo llevó a morir a otras aguas, allá en el barranco de Víznar, alejado de su amplio ámbito fluvial. Infancia en Fuentevaqueros, y su casa natal a un paso de esas alamedas que empapa el Genil. Más en Granada, la Huerta de San Vicente, también cabeza del río, hoy convertida en indeciso jardín-parque rodeando la casa-museo en la que el poeta pasó largas temporadas y escribió sus más bellas páginas. En su margen izquierda el Genil entra en Granada orillando otra colina más: el Serrallo, que da paso a barrios de ampliación urbana (Bola de Oro, San Conrado, Vergeles, Zaidín...) Entre las construcciones demasiado apiñadas congenian unos pocos palacetes tocados por el encanto del siglo pasado (la Quinta, la Estación Experimental del Zaidín, el Hospital Refugio) con grandes *Palacios* de servicios actuales (Palacio de Exposiciones y Congresos, Palacio de Deportes). No lejos del primero se asoman al agua dos edificios singulares de la Granada pretérita: la ermita de San Sebastián edificada con curiosa cúpula mudéjar sobre un antiguo morabito de oración musulmana, y el Alcázar Genil, lugar de recreo árabe cerca del río.

*Palacio de Congresos.*







*Capilla Real. A la izquierda, retablo mayor; a la derecha, entrada al recinto.*

*... En agua el alma se pierde  
y el cuerpo baja sin alma.  
'Generalife'. Juan Ramón Jiménez*

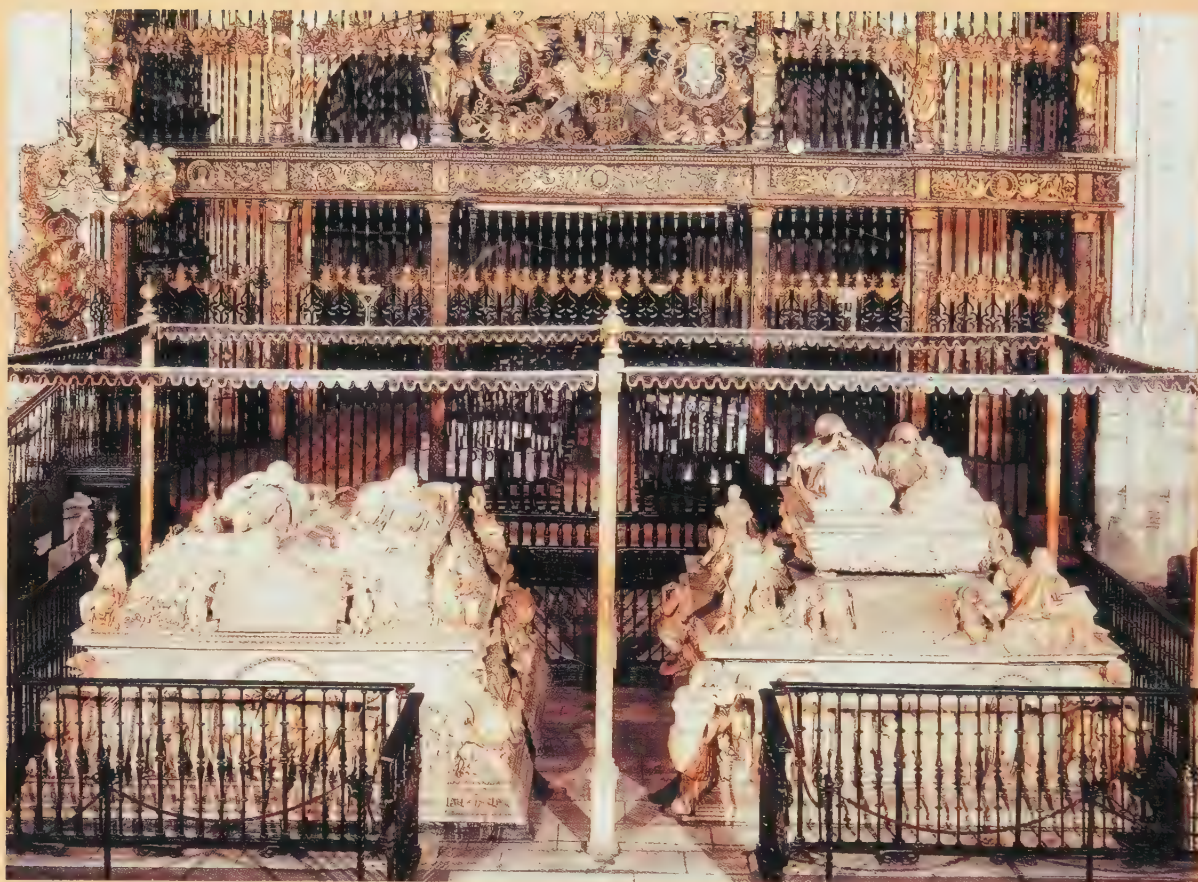
Otra Granada se abre en el llano, donde los barrancos se remansan y algunas fuentes son respiro de las aguas que discurren ocultas hacia la vega. Es la Granada *cristiana*, la que no necesita de ríos como foso de sus murallas. En ella hay un jardín de arte y piedra, con las mejores flores del renacimiento y del barroco.

La Capilla Real es aún la timidez. Elegante colofón del gótico, se mantiene como resumen y gozne estético de España. Una ojeada atrás: su magnífica colección de pinturas flamencas, su encaje de rejería, sus pináculos pétreos; una mirada al renacimiento: los soberbios sepulcros de los Reyes Católicos y de sus hijos, labrados por Fancelli y por Ordóñez.







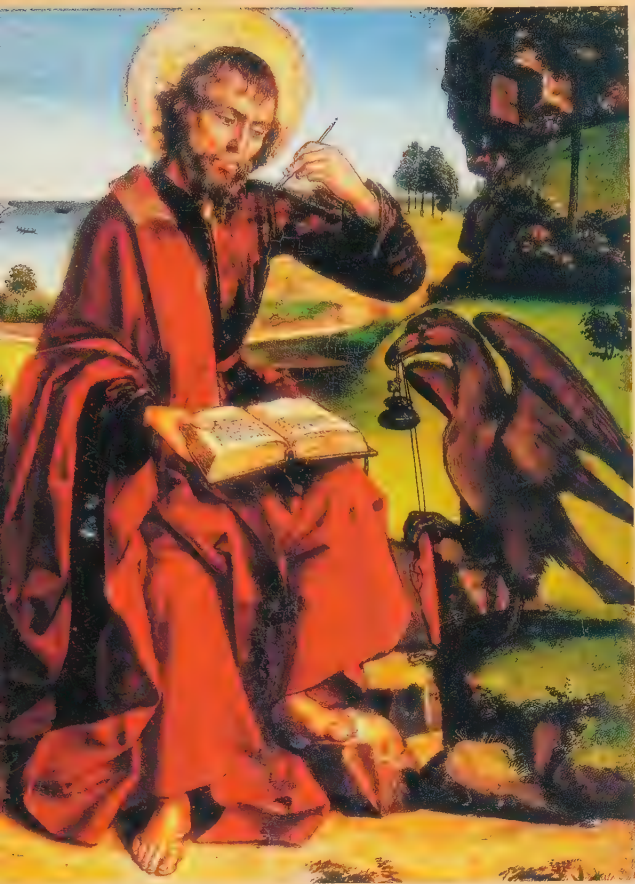


*Sepulcros de los Reyes Católicos y sus hijos en la Capilla Real.*

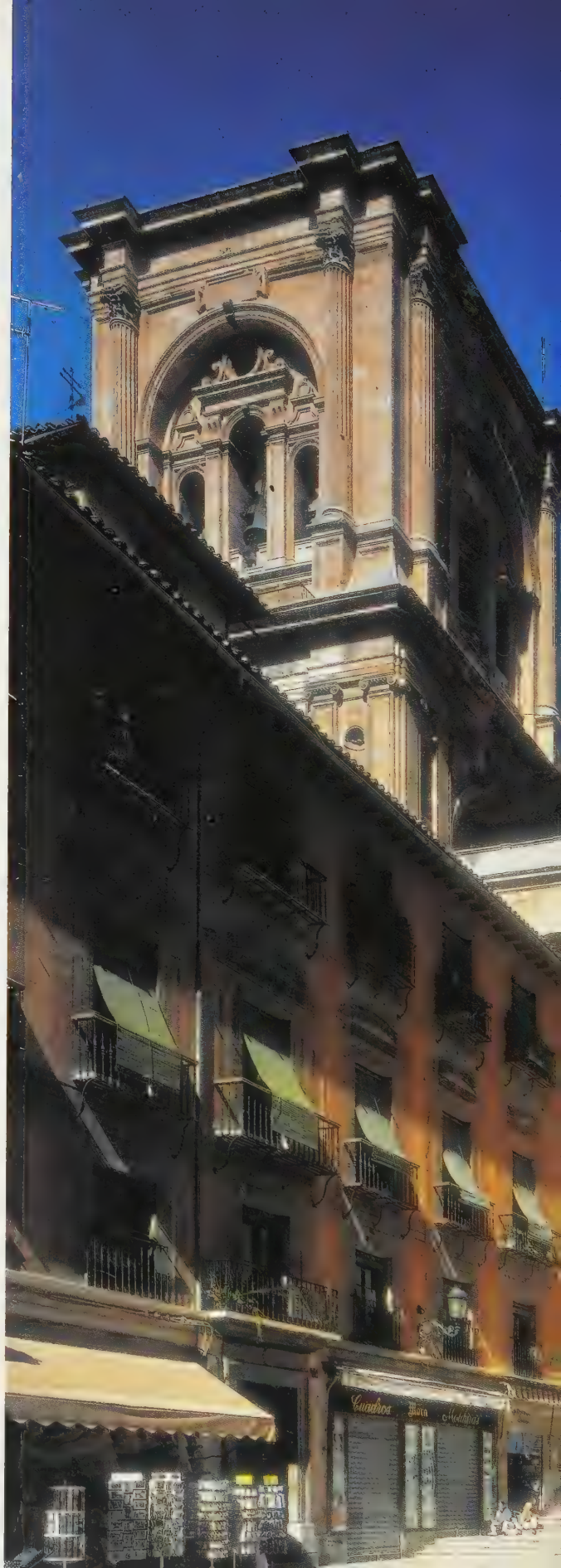
*En la página de al lado, obras maestras de la colección de la Capilla Real: «San Juan Evangelista en Patmos», de Berruguete; «La Piedad» de Roger Van der Weyden; y el «Tríptico de la Pasión» de Dierick Bouts.*

A su lado la Catedral, esta vez con un pie en el renacimiento y otro en el barroco. Enrique Egas trazó su enorme planta en gótico, sobre parte del solar que ocupó la mezquita mayor. Pero ya quedaban lejos los siglos peregrinos santiaguistas y las geometrías centroeuropeas. Un genio como Diego de Siloé transformó a la romana la obsoleta traza gótica y surgió la más bella catedral mediterránea de España. En ella la basilica romana, la columnata griega y el modelo del Santo Sepulcro de Jerusalén, se visten de la cal y de la luz meridionales para producir uno de esos poemas en los que lo enorme y lo delicado conviven en armonía. Y otro genio llamado Alonso Cano pondrá en la catedral su definitivo toque de enormidad y delicadeza. Enormidad de la fachada, con tres arcos inauditos, con un juego ciclópeo de pilares, estatuas y rosetones. Delicadeza suprema en su interior, allá en la sacristía, donde se guarda su famosa *Inmaculada*, que en poco más de un palmo de leño resume siglos de imaginaria granadina. Seducción más que deslumbramiento. Todas las formas de fascinación estética en un mismo ámbito.









*Catedral de Granada. Al lado, vista general del exterior. Arriba, la «Inmaculada» de Alonso Cano y el gran órgano barroco.*  
*Doble página siguiente, vista del interior.*





















*Catedral de Granada. Al lado, Capilla Mayor. Arriba, Libro de Fábrica y «Virgen con el Niño» de Pedro de Mena. Abajo, vista de la cabecera desde el exterior.*







*Monumento a la Inmaculada, Fuente del Triunfo y Hospital Real. En la página de al lado, la portada.*

Otras dos joyas del siglo XVI en Granada son el Hospital Real y el Monasterio de San Jerónimo. Las dos edificadas extramuros y en la línea del mismo barranco, que surtía de agua a ambas comunidades. El Hospital Real es singular obra civil de Isabel y Fernando, comenzada en 1504, que ilustra los ambiciosos planes reales sobre esta ciudad. Dos cruces griegas abovedadas se superponen, trazando cuatro preciosos patios. El crucero de abajo es frecuente sala de exposiciones. El de arriba, concurrida biblioteca universitaria. El mismo año se comenzó el monasterio que los Reyes Católicos cedieron a su orden predilecta: la de San Jerónimo. Los mejores artistas llegados a la Granada renacentista trabajaron para culminar sus sobrios claustros, su espectacular iglesia, su elegante retablo... El mejor de los guerreros al servicio de aquella corte: el Gran Capitán, reposa a los pies del altar.









*Monasterio de San Jerónimo.  
Vista del interior y del retablo.*











*San Jerónimo.  
Dos aspectos del claustro  
principal y vista de la cúpula  
de la iglesia.*

*Doble página siguiente,  
acceso a la Cartuja.*



























*La Cartuja, vista exterior y claustro. Doble página anterior, cúpula del Sagrario.*

Pero el barroco no se achantará ante tanta obra maestra renacentista; para emularla se va cerca del río Beiro y, entre olivares y huertas, camino de Alfacar (que significa la fuente), edifica la Cartuja. En este monasterio palpita de nuevo el rasgo granadino del contraste, la pobreza, el silencio y la lisura de los monjes de San Bruno frente a la opulencia ornamental, la sobreabundancia de ideas, el delirio cromático. Yesos, mármoles, taraceas, estucados y pan de oro no dejan espacios vacíos. Sobre el discurso barroco que lo llena todo, obras de Bocanegra, de Sánchez Cotán, de los mejores artistas granadinos para elevar la reiteración a categoría estética. Con similar afán, muy cerca de esta Cartuja y de su campus de sosegado estudio, la Feria del Corpus, cita cada primavera a los granadinos con el bullicio, el color y la alegría.









*Sacristia de la Cartuja.*

*Fachada de la iglesia de San Juan de Dios.*









*Claustro del Hospital y retablo de la iglesia de San Juan de Dios.*

Y mucho más barroco por toda la ciudad. En San Juan de Dios, el hospital toma advocación del caritativo santo portugués que llegó a copatón de Granada. Dos claustros amplios y decorados con generosidad acogen aún servicios médicos y a su lado la basilica es un ascua de oro y volutas alrededor de la urna de plata que guarda las reliquias del fundador hospitalario.

Luego un puñado más de templos barrocos (Magdalena, San Antón, San Matías...), decenas de palacetes aquí y allá, callejas con recoletos monasterios e iglesias que no logran ocultar su prosapia de mezquitas, placetas, comercios, bares, jardines y otros ámbitos para la amistad y el paseo. Una ciudad entretejida de múltiples ciudades. Aquel juego de símbolos alhambrianos, fugaces como el agua, hecho realidad urbana. Una invitación sugerente, casi una tentación, para escudriñarla y descubrir las múltiples facetas que atesora.



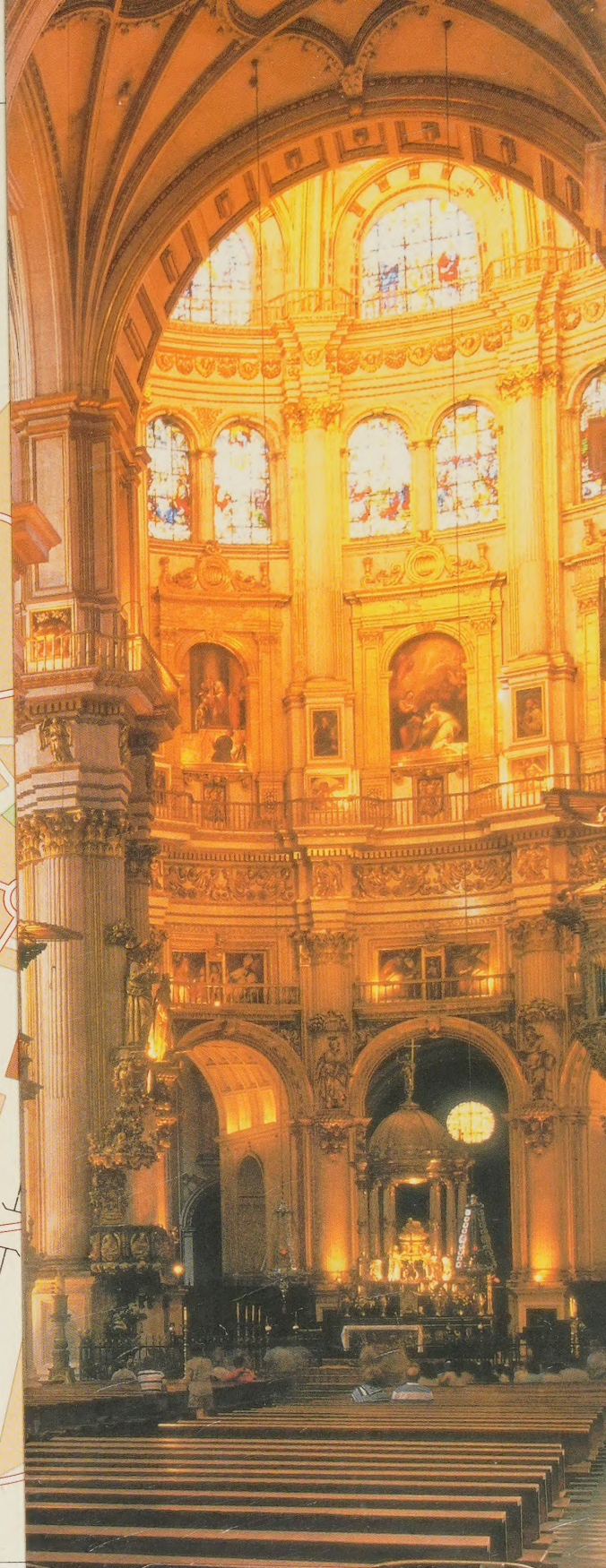






*El Real de la Feria durante las fiestas del Corpus.*



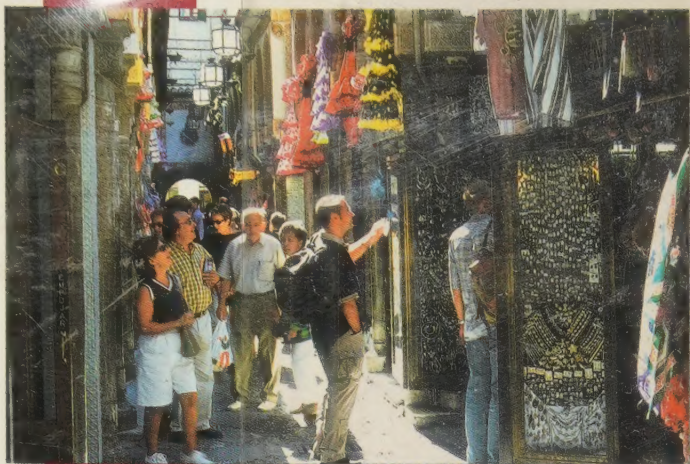


Plasti-Klear®  
DuraSavers®

Cat# 11065017 10 1/2" H



*Colección  
Recuerda*



# Granada



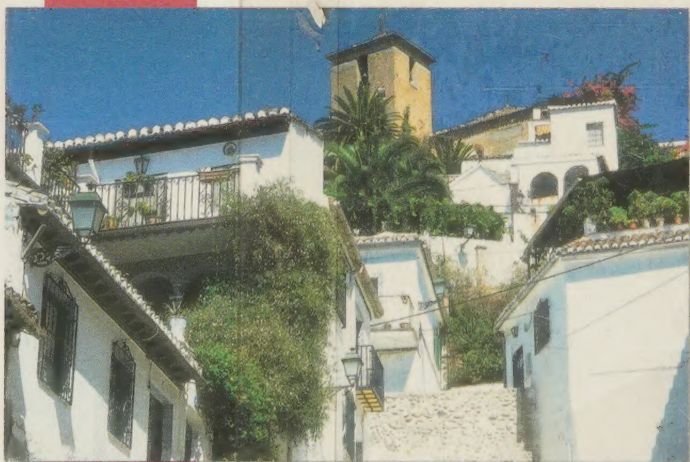
**80 páginas.**



**100 fotografías.**

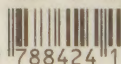


**Plano callejero y  
mapa de accesos.**



**Editorial Everest, S. A.**

ISBN 84-241-786\*



9 788424 101602

\*UP-641-786\*